

PELICULAS

Novela Semanal

Florette y Patapón

Ossi Oswalda
Marcel Levesque
y
Enrique la Fantis

25
STS

PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 27 :: 25 CTS.

FLORETTE E PATAPON

1927

Narración literaria de la graciosa película

FLORETTE Y PATAPON

Adaptación del "vaudeville" francés del mismo título
original de los escritores Hennequin y Weber mara-
villosamente interpretado por

OSSI OSVALDA, ENRIQUETA FANTIS,
MARCEL LEVESQUE y LIVIO PAVANELLI

EXCLUSIVAS PROCINE

CLARIS, 71 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925: BARCELONA

I

Una ciudad representa el ingenio del hombre llevado al límite de la maravilla. Entre el conglomerado de casas de parduzcos tejados o blancas terrazas se alberga todo cuanto la humana industria creó; y en los anaquelés de las libreras y bibliotecas se conservan los tesoros del constante laborar del pensamiento, los ricos veneros del alma, o, más bien aún, de la esencia del alma que discierne y crea, suprema potencia animadora, no por inconsulto menos tangible.

Así, simplemente, reduciéndonos a una expresión más vulgar, podríamos decir que una gran ciudad es un conjunto de cosas prácticas y de cosas bellas. Las cosas prácticas comprenden todo aquello que figura elaborado para el mejoramiento de la vida; los comercios, los tranvías, el prosaico y maloliente (perdón) alcantarillado... las cosas bellas... las cosas bellas son infinitas, pero sobre todas ellas impera una que no es precisamente hija de la industria humana, sino la parte, dígase lo que se quiera, más importante del género humano: las mujeres.

Nosotros, caro lector, puestos a presentarte una ciudad, en vez de llevarte a una de segundo o tercer orden, te plantaremos en la metrópoli del mundo, así como suena; no porque la metrópoli del mundo nos sea en este caso de un supremo interés, sino simplemente porque allí vivía Susana de Florette, bella como un sueño y simpática cual una buena noticia.

Susana era, ante todo y sobre todo, una mujer a la moderna. El «flirt» la entusiasmaba, el «jazz» la enloquecía... No era, desde luego, la perfecta casada que soñara fray Luis de León, pero tampoco había en su conciencia ni la más remota sombra de un grave pecado.

Maestra en el arte de seducir, no salía un solo día de su casa sin encontrar en el camino algún «pollo pera» o algún viejo verde que, enamorado de sus encantos, no se decidiera a darle escolta. El día que tenemos el gusto de conocerla, el escudero de tanda fué el coronel Monvissac, el vivo retrato de Don Juan... si Don Juan hubiera llegado hasta los cincuenta y tantos largos, muy bien disimulados en la cuarentena, hubiese usado faja-corsé y tinte para el pelo.

Este es a grandes rasgos el retrato del coronel Monvissac, que, a falta de países que invadir, se dedicaba a la no menos expuesta, pero si mucho más agradable tarea de conquistar corazones. Al contemplar el airoso tacconeo de Susana y su lindo rostro, se acercó a ella con aire resuelto:

—Perdón, encantadora joven... ¿Sería demasiada indiscreción preguntarle quién es usted?

—¡ Yo soy... yo ! —repuso ella sin detenerse.
—¡ Es extraordinario !... Da la casualidad de que yo... también soy yo... Somos, pues, de la misma familia... ¿ Me permite usted que la acompañe ?

Cautivada por la ingeniosa charla del viejo verde, Susana se dejó acompañar, y Boulevard de los Italianos adelante, en medio de la indiferencia de los miles de viandantes que al declinar la tarde invaden sus amplias avenidas, la joven siguió su camino acompañada de su nuevo y regocijante « flirt » hasta la fábrica de productos químicos de Florette y Patapón, este último socio de su esposo.

Dejemos a Susana y al coronel cambiándose frases llenas de ingeniosidad y cortesía y va yamos de un salto al despacho de la fábrica. En primer lugar encontraremos a Simplicio Barbet, el contable. Su retrato, visto con los rayos X, nos habría deparado la visión de un alma tan simple como su nombre, rodeada de algunos kilos de grasa.

En uno de los extremos del lujoso despacho, Julio Florette, tumbado indolentemente sobre un diván, apuraba un refresco, se limpiaba el sudor y aguantaba un chaparrón de impropios de su socio, Anastasio Patapón, que, llevado por su fervor al trabajo, aun cuando se le liquidaran materialmente los huesos (ya que carne apenas si tenía), no cesaba de ir y venir, ordenando... y desordenando. ¡ El caso era hacer algo !

— ¿ Tiene ya los pasaportes y los dos pasajes, Simplicio ? — le preguntó Patapón a su contable.

— Sí, he tomado los dos, señor : el de usted y el del señor Florette.

— Con este calor yo no me muevo de París, como no sea para ir al Polo Norte, querido Patapón.

— ¡ Ya lo creo que te moverás !... ¿ Es que te crees que los negocios son juegos de chiquillos ?... ¿ Cuándo piensas tener formalidad... cuando te salga la segunda muela del juicio ?

— No es eso, amigo mío ; es que esta mañana al levantarme...

— ¡ Protesto, amigo Florette !... — le interrumpió su socio. — En todo caso será al mediodía, al levantarme...

— Conformes. Pues al mediodía, al levantarme, me he sentido un dolor aquí en el costado derecho...

— ¡ Disculpas, no !... Lo que tú quieras es no dejar sola a tu mujer durante cuarenta y ocho horas por temor a que te la roben ! ¡ Si fuera como mi Blanquita !... — dijo Patapón, poniendo los ojos en blanco.

Anastasio Patapón podía vanagloriarse de su mujercita, la perfecta Blanca, una linda azucena que de soltera había ganado dos veces el « premio de la virtud ».

Como si la evocación de su nombre fuera un conjuro, en aquel preciso momento llegó Blanca al vestíbulo de la fábrica, donde a la sazón se hallaba Susana sin poder deshacerse del coronel. La llegada de su amiga le permitió dejar al pegajoso tenorio.

— ¿ Y has permitido que te acompañe un señor que no conoces, Susana ? — le interrogó su amiga en el colmo de la extrañeza,

—¡ Me divierto, querida Blanca... espanto al fantasma del tedio !... ¡ Eso es todo !... En ello no hay ni pecado, ni peligro...

—A mí, la verdad, me parece que esa manera de divertirte es un poco escandalosa.

Cuando sus esposas penetraron por los largos corredores de la fábrica, Florette y Patapón continuaban su disputa.

—¡ Mirate en mi espejo !—decía el segundo.— Si tú hubieras educado a tu mujer como yo a la mía, no tendrías esos temores ridículos...

—¡ Aquí no hay más ridículo que tú !... Susana será una mujer moderna, todo lo frívola que quieras, pero más sincera, y más honrada que todas las mujeres juntas.

En este punto se hallaban cuando irrumpieron en la estancia las dos esposas. Blanca, al ver preparados algunos bolsos de viaje, echó los brazos al cuello de su esposo, diciendo:

—¡ Estoy emocionadísima, Anastasio ! ¿ De modo que, por fin, lo del viaje es un hecho ?

—Sí, querida, sí ; no hay más remedio. Pero consúlate, estaré de vuelta dentro de dos días.

—He pensado en tí. ¡ Me atormentaba tanto la idea de separarnos, aunque sólo fuera por cuarenta y ocho horas, que, mira, te he comprado esto !

—¡ Caramba, un perfume ; no está mal !... El frasco es muy bonito.

—¡ Quita de ahí, tontín ! Es la «Neptunina», un remedio eficacísimo contra el mareo. No quiero que sufras.

—¡ Eres un ángel, Blanquita... un verdadero

tesoro !—exclamó Patapón, abrazando cariñoso a su adorable esposa.

Susana y Florette, que todavía no se había movido de su muelle diván, prodigábanse no menos tiernas caricias, ajenas a que corría la hora y era necesario separarse. Como siempre, fué Patapón el que dió la señal.

—¡ Vamos ya, F'orette, corta tus expansiones, que falta media hora para que salga el tren !...

Susana miró a Patapón sorprendida por su tono autoritario.

—No le hagas caso, querida—dijo su esposo— ; tiene la manía de la actividad.

En tanto que Susana le recogía sus papeles, Florette llamó aparte a Simplicio. El contable tenía un gran secreto, secreto a voces, puesto que no lo ignoraban Florette y su esposa. Amaba a Susana con una ternura rayana en la idolatría. ¡ También las codornices aman !

—Hablemos francamente, Simplicio—le dijo Florette—. Sé que está usted perdidamente enamorado de mi mujer...

—¡ Por Dios, señor Florette !...

—¡ Es inútil que se obstine en negar !... ¡ Lo sé «todo» ! ¿ Comprende ?... Pero sé también que es usted demasiado amigo y demasiado estúpido para engañarme.

—¡ Gracias por lo de estúpido, señor Florette !

—¡ No hay de que darlas ! Es justicia. Mientras yo estoy fuera, voy a confiarle a Susana...

—¡ Vigilela usted, obsérvela, no la abandone ni un momento !... ¡ Que no salga de casa y que

no vea a nadie!... ¡Usted me responde de todo!... ¡Júremelo!

—¡Por esta cruz!—exclamó Simplicio, trazando una con el pulgar y el índice de su diestra y besándola luego.

Tranquilizado por las seguridades de su con-



table, que en punto a fidelidad era algo así como un terranova, Florette dió el último abrazo a su cara mitad y Patapón hizo otro tanto.

Aun no habrían llegado a la calle cuando Blanca comenzó a dar grandes saltos y a gritar cual una posesa:

—¡Se han marchado, Susana!... ¡Se han marchado!... ¡Al fin tenemos cuarenta y ocho horas de libertad!... ¡Ay, qué felices vamos a ser durante estos dos días!...

Susana se dejó abrazar pacientemente por su amiga, tan turbada, que no acertaba a pronunciar palabra.

—¿Te crees que yo no amo la vida?—prosiguió Blanca con el mismo entusiasmo casi infantil—. ¡Como a tí, me gusta divertirme, quiero «flirtar», olvidar que soy una señora casada, obligada a dar a mi marido el detalle de las horas del día!... ¡Estoy contentísima, chica!... No tengo más preocupación que esta: ¿qué es lo que podemos hacer para divertirnos de lo lindo? ¿A dónde ir para pasarlo mejor?

—¡Ah, hipócrita!... ¿Y eres tú la que ha ganado dos veces el «premio de la virtud»? ¿Tú la esposa modelo que sólo piensa en llorar cuando le falta su maridito?...—le replicó Susana, casi enojada.

—Mira, Susana, déjate de reprimendas y a lo que estamos; cada uno es como es. Ahora pensemos en lo que debemos hacer...

II

Mientras Blanca y Susana trazaban planes de diversión, Florette, metido en el auto, suspiraba porque se les escapara el tren o el vapor,

—Mira que si perdiéramos el tren o el vapor, querido Patapón, ¡qué felicidad!...

—No perderemos ni uno ni otro... Y tú, pensando en lo que puede hacer tu mujer, parodiarás a Otelo durante el camino... Yo, en cambio, no perderé mi tranquilidad ni un momento. ¡Soy un hombre feliz!

Alguien ha dicho que «cuando los maridos no esperan, las esposas se arreglan en un santiamén». No sabemos si es o no una verdad inconscusa; pero ello es lo cierto que a las esposas de los protagonistas de nuestra historia les sucedió así. En un abrir y cerrar de ojos combinaron su plan; acordaron trasladarse a la playa en el tren que salía una hora después que el tomado por sus respectivos maridos y les bastaron diez minutos para decidirlo y arreglarse.

Al atravesar por delante del despacho, Susana se encontró con el orondo y fiel Simplicio, que la interrogó:

—¿A dónde va usted, señora?

—¿Y a usted qué le importa?... ¿Es usted mi padre, mi marido, mi suegra?... ¡Voy a donde me da la gana!

—¡Está prohibido salir!... Su marido me ha dado el encargo de vigilarla y de tenerla en casa hasta que él regrese.

—Es usted un grosero!

—Yo cumplo las órdenes de mi jefe, señora! Si me da orden de que le guarde el dinero, se lo guardo; me dice que le guarde a su esposa y lo hago lo mismo—repuso el cajero abrazándola y obligándola a retroceder. Al contacto de su carne tibia sintió Simplicio

una indefinible sensación de bienestar y con tono compungido concluyó: ¡Para salir, tendrá usted que pasar por encima de mí cadáver!

Susana notó el momentáneo desfallecimiento que se había apoderado de aquella voz y, acariciándole su cara de luna llena, le insinuó:

—Barbet... ¿por qué es usted tan cruel?

Barbet temblaba de pies a cabeza, pero seguía, no obstante, manteniéndose terco, y Susana redobló sus mimos, dispuesta a vencer la ya tambaleante resistencia.

—Simplicio... Simplicio... ¡parece mentira!... ¡Portarse así un hombre tan simpático... de tantos atractivos!... ¡Yo sé que tiene usted grandes deseos de besarme—añadió con voz melosa—. Este carrillo es todo de usted...

La tentación era demasiado fuerte para resistirse, porque ¿quién enamorado como lo estaba Simplicio hubiera sido capaz de permanecer frío ante una invitación semejante, por más respeto que a su jefe debiera? El pobre cuitado se apoderó de la cara de la tentadora y con unción casi religiosa estampó en ella un beso que no lo diera más tierno y dulce el mismo casto José.

—¡Atrevido! ¡Desvergonzado!... ¿Es así cómo paga la confianza que mi marido ha depositado en usted?

—¡Señora... yo... yo... yo!...

—Usted, como todos, es un fresco de marca! Si continúa haciendo de carcelero, le diré a mi Julio que usted se ha portado conmigo como un segundo Casanova! ¡Déjeme salir!

—¡Imposible, señora! —repuso Simplicio,

recobrado ya su dominio—. ¡Haga usted de mí lo que quiera! ¡Insúlteme, maltráteme, pisótéme, pero yo no falto a la consigna!... ¡No se sale!

—Nosotras saldremos de todos modos, aunque usted se muera de un berrinchín—exclamó Blanca.

—Veremos quién vence—añadió Susana—: si un pobre Simplicio o dos mujeres listas... Antes de media hora Blanca y yo estaremos en la calle... ¡imbécil!

Retiráronse las dos mujeres a elaborar un plan de fuga y Simplicio abandonó también sus tareas para disponer sus baterías como un general en jefe. Simplicio dió órdenes severas a los porteros:

—Si la señora de Florette intenta salir, es preciso impedírselo sin contemplaciones. Es orden de su esposo. Por lo que pueda ser, tengan dos coches en la puerta.

Acto seguido redobló el servicio de porteros y, tranquilo con sus disposiciones, volvió al escritorio. El tiempo que él había estado ausente bastó a Susana para hacer una cuerda de nudos y deslizarse por la ventana del despacho, situada a la altura del primer piso.

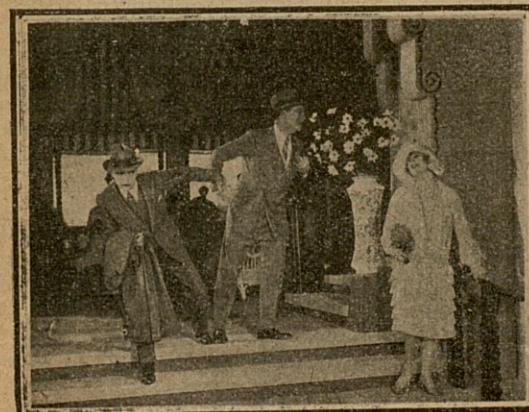
Simplicio al ver la burla de que había sido objeto salió a todo correr y todavía pudo sujetar al estribo del auto. Con grandes fatigas se metió dentro del coche.

—¡Esto es intolerable, señora! ¡En estos momentos yo no soy yo, sino su marido en persona!... ¡Haga el favor de pararse y volver conmigo a casa!

—Sí, señor; voy a parar... pero es para

echarle a usted de aquí por insolente y atrevido!—repuso furiosa Susana.

El buen Simplicio fué arrojado del auto cuando aun no habían corrido unos cien pasos y no tuvo más remedio que volver grupas y tomar el que quedaba en la puerta de repues-



to, emprendiendo una carrera desenfrenada tras las fugitivas.

El coronel Monvissac, que como buen militar, no había dejado el asedio de la plaza, pudo sorprender cuanto acabamos de narrar y se metió en el primer taxi que acertó a pasar, yendo también en pos de las bellas damas.

En el preciso momento en que los tres coches marchaban raudos para tomar el tren que debía conducirlas hacia la «Plage d'Or», lugar

divertido a donde Susana y Blanca se encaminaban para espantar el fantasma del tedio, Florette y Patapón llegaban el término de su viaje terrestre y se metían en un restaurant del puerto.

—¿Falta mucho para el vapor de Folkestone?—preguntó Patapón a uno de los camareros.

—Más de una hora, señor.

—Siendo así, tenemos tiempo para arreglar nuestros estómagos un poco antes de emprender la travesía del canal—exclamó Florette.

Los dos amigos se aposentaron y Patapón extrajo del fondo de su maleta el frasco de la «Neptunina».

—¡Qué buena es mi mujer!—decía contemplando arrobase el específico—¡Mira que precuparse de que no me maree!... Me lo voy a tomar todo, así subiré al barco completamente immunizado—y uniendo la acción a la palabra, se lo bebió de un solo trago.

Acababa de tomarselo cuando oyó el pitar de una sirena, repetido por tres veces.

—¡Camarero... camareroooo! ¿Qué barco es ese que se va?

—El de Folkestone, señor.

—¿Pero no acaba usted de decirme que faltaba más de una hora?—clamó Patapón fiera de sí.

—Como el señor me dijo si faltaba mucho para el vapor de Folkestone yo entendí que me preguntaba por el que va a llegar... Ustedes perdonen, señores, si se hubieran explicado con mayor claridad...

Florette, contemplando el descompuesto

semblante de su amigo y socio reía a más no poder, con lo cual aumentaba el furor de Anastasio.

—No te sulfures de esta forma, querido Patapón, que se té va a desfigurar el rostro. ¡Qué le vamos a hacer... Dios a escuchado mis ruegos. Te ofrezco una idea. ¿Por qué no nos vamos a la «Plage d'Or» que dista de aquí tan sólo dos kilómetros? Podríamos darnos un paseo y al llegar allí tomar un baño. Verás, pasaremos una tarde colosal...

La «Plage d'Or» es un balneario de moda, donde, si abundan las sirenas, no escasean tampoco los tiburones. Los dos socios emprendieron el camino hacia aquel delicioso lugar, bien ajenos de que al mismo tiempo, dos mujeres del día tomaban también el tren en París, con idéntico destino. Simplicio Barbet, también subía al mismo, pero no en plan de bañista, sino de gendarme. En cuanto al coronel, se había adherido a Susana desde su llegada a la estación y no la dejaba ni a sol ni a sombra.

III

Al llegar a la famosa playa, Blanquita tuvo un agradable encuentro. Armando Duval, tono de capirote, y «pollo pera» por toda profesión.

—¿Tú, Armando?...

—¿Tú, Blanca?... ¡Qué sorpresa... después de tanto tiempo!... ¿Sabes que te encuentro más bonita que nunca?... ¿Te acuerdas de nuestros días de estudiantes?... Ya han echado abajo la tapia que separaba los dos colegios... aquella tapia inolvidable para nosotros...

—Con tu permiso, Armando—exclamó Blanquita cortándole el hilo de su bervórrea interminable—. Armando Duval... Mi amiga Susana... Armando fué mi primer amor... mi dulce Romeo...

—¡Mira la mosquita muerta!... también tuvo su Romeo y con bigote a lo Charlot!—exclamó Susana refiriéndose al raquíctico bigote de Armando.

—Entendámonos... — protestó Blanca—un Romeo de verdad, tímido y respetuoso... En los primeros amores no caben atrevimientos.

—¡Esta vez no se me escapa usted, seño-

ra!... —gritó Simplicio Barbet apareciendo como una furia en medio del corro—. Simplicio Barbet no se llama hora Simplicio, se llama León...

—Sígame usted ahora si puede, señor León—repuso Susana zambulléndose en el agua—. Está fresquísima, deliciosa...

—¡Por muy fresca que esté, no lo estará tanto como usted, señora!—gruñó Simplicio sentándose pacientemente en la arena, esperando a que saliera.

Blanquita, por su parte, subió a una elevada plataforma y desde allí se arrojó, también, al líquido elemento. Ella y Susana lograron alcanzar un patinete, remolcado por una gasolinera y no tardaron en despistar al buen Simplicio. El cajero las vió salir del agua, pero se metió luego entre un dédalo de cestas y con el consiguiente desespero hubo de resignarse, sin poder dar con las fugitivas, que al cabo de un cuarto de hora ya estaban en el mismo sitio, reuniéndose con sus amigos.

Florette y Patapón habían llegado en este interregno al gran hotel de la playa. En la terraza del mismo, Totó, una dominadora, le envió a Florette una de sus más dulces sonrisas. Cambiáronse rápidas miradas, gestos significativos y al cabo de unos segundos, los ojos habían logrado decir más de lo que habrían dicho muchas palabras.

—¡La he conquistado, Patapón!—exclamó Florette lleno de Júbilo—. ¡Soy como César: «Vine, vi y vencí»!... Por algo me llamo también Julio.

Convencido de su conquista, extrajo de su

cartera una de las tarjetas de su cajero, Simplicio Barbet, y escribió debajo del nombre: «Enamoradísimo, completamente loco, dispuesto a todo»... Se la enseñó a Patapón y luego la envió con un camarero.

—¿Pero por qué te sirves de las tarjetas de nuestro cajero?—preguntó su socio.

—Comprenderás que yo no voy a comprometer mi nombre... Siempre lo hago así. Simplicio es soltero, y una aventurilla de faldas, más le favorece que le perjudica...

—No te comprendo... Dices que amas a tu mujer, y en cuanto ves unas pantorrillas bien dibujadas, te vas tras ellas como el imán...

—¡Vives en el Limbo, Patapón! ¿Qué tiene que ver el estar enamorado con el ser un ferviente admirador de la belleza? Tanto más, cuanto que si obro así, es, precisamente, impulsado por el amor. Adoro tanto a mi mujer, que si no me aturdiera un poco cuando estoy lejos de ella, acabaría por darme un ataque cardíaco.

Mientras los dos socios sostenían la conversación que acabamos de transcribir, la bella Totó había sacado una estilográfica y un papel y respondió a su «flirt»:

«Aquí no puedo comprometerme—decía el escrito—porque tengo un amigo celoso y terrible. Dentro de poco iré a bañarme a la playa... Me es usted muy simpático... pero me es imposible adquirir compromisos. En fin, veremos... Hasta luego. Totó.»

Lo mismo fué acabar de leer el papel que ponerse Florette a saltar de alegría. Patapón,

en cambio, comenzó a ponerse cadavérico y a lanzar lamentos desgarradores.

—¡Ay!... ¡Ay... Julio... que me siento muy mal... muy mal!...

—¡Patapón, por lo que más quieras, no me des sustos a estas horas!

—¡Ayúdame!... no se que me pasa... siento algo terrible.

—¡El señor tiene mareo!—dijo el jefe de los camareros, que acudió solícito—. Seguramente acaba de desembarcar y ahora siente su estómago revuelto.

—No, señor—repuso Florette—precisamente además, aunque se hubiese embarcado, ha tote ibamos a embarcar y no lo hemos hecho y, mado la «Neptunina»...

—¡Ah! ¿De modo que el señor ha tomado ese específico contra el mareo y no se ha embarcado? ¡Entonces no hay más que hablar!... Es un remedio que quita el mareo cuando se está a bordo, y lo produce cuando uno se queda en tierra... ¡Desgraciadamente, todo es inútil!... Hay que esperar que pasen sus efectos... unas cuatro o cinco horas solamente...

—Pues si que me voy a pasar la tarde divertida!... —gimió el infeliz.

—Hombre, Patapón, si algo te ha de curar es el movimiento, lo mejor que podemos hacer es salir a la playa.

Cogió Florette a su socio, y casi a cuestas, lo llevó hasta el borde mismo de las olas, sentándolo en una mecedora.

—Colúmpiate, fíjate bien en el agua y te dará la impresión de que vas en barco.

—¡Apártame... sácame de aquí que la vista

del agua me pone peor!—gritó el desgraciado con voz entrecortada.

Blanquita Patapón que acertó a pasar por allí en aquel momento, no tuvo tiempo más que para arrojarse a tierra y ocultar su rostro entre la arena. ¡El susto fué de órdago!

—¡Mira, Patapón... mira y admira que formas!—dijo Florette enseñándole a su propia esposa.

—¡Ay, Florette... no me enseñas nada que no estoy para nada!

—¡Ya lo ves, las atenciones de tu mujer!... ¡Daría cualquier cosa porque ella te viese en el estado en que te encuentras por causa de su dichoso específico!

Blanca, que oyó perfectamente aquellas palabras, se alejó arrastras, sin levantar para nada su cabeza. Temía soltar la risa, y de continuar allí, la hubiera soltado, provocando así el cataclismo. Florette arrastró a su socio en la misma dirección y lo dejó junto a las casetas.

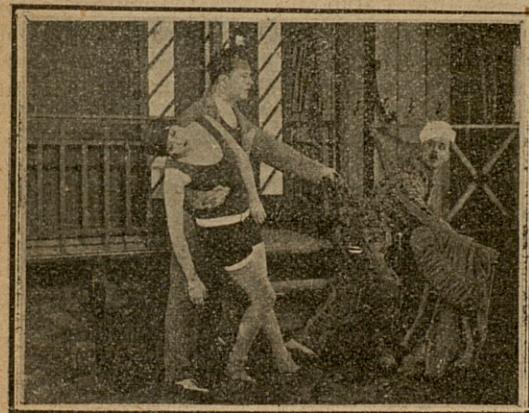
—Aquí estarás perfectamente... —exclamó cubriéndolo, en parte, con su abrigo—. Duerme, Anastasio, duerme... No estás hoy para contemplar panoramas.

Satisfecho por haber dejado a su socio a buen recaudo, Florette salió en busca de su adorable desconocida, pero, ¡horror!, aun no había dado diez pasos cuando se topó de manos a boca con Blanquita, en compañía del consabido «pollo pera».

—¡Caramba, vaya un atrevimiento el suyo, señora!... ¡Su marido está a dos pasos!

—Por Dios, Florette, no le diga nada... no me descubra!

Armando Duyal al oír aquellas palabras comenzó a temblar como un azogado. ¡El pobreclillo no contaba con la tragedia, que a juzgar por el espanto de Blanca era inminente.



—No se desanime usted de esa manera, joven—murmuró Florette—. ¡Lo más que puede sucederle es que mañana salga en los periódicos, en la sección de sucesos.

Florette siguió su camino en busca de Totó y Blanca y su adorador quedaron casi sin habla.

—¡No tiembles, Blanquita!—le decía éste—, que me contagio!... ¡Después de todo, no hemos cometido ningún delito!

—¡Es que si mi marido me ve va a ocurrir algo tremendo!... ¡Y lo peor es que está a la puerta de nuestra caseta y, mientras no se marche, no nos podemos vestir!...

—¡Se me ha ocurrido una idea!... ¡Te parecerá mentira pero es así!

—¿Una idea a tí?... No lo creo, Armando—repuso ella.

—¿Ves aquel hombre rodeado de chicos, que vende golosinas? ¡Pues ellos son los que van a sacar de allí a tu marido!

—¡Ca, hombre!... Tú lo quequieres es huir y dejarme que cargue yo sola con el mochuelo!... ¡A mí no!...

Armando, a pesar de las protestas de Blanca, se fué hacia donde estaban los muchachos, diciéndoles:

—Si echáis de allí a aquel señor que duerme, todas estas golosinas serán para vosotros.

Lo mismo fué decirlo que ponerse todos los rapaces en movimiento. Quien le tiraba arena a los ojos, otros en su osadía llegaron hasta volcarle la mecedora y el pobre Patapón, mojado y mareado, hubo de salir de allí medio arrastrándose.

IV

Mientras en aquella parte de la playa se desarrollaban estos acontecimientos, Susana y su cohorte de admiradores, en otro lado, rendían fervoroso homenaje a la champaña del balneario. Florette, en otro lugar, hallaba a la bella Totó y se ocultaba bajo la lona protectora de un quitasol.

—Me pareces muy simpático—le decía ella acogedora, recibiendo y devolviendo con creces sus caricias—pero lo que no acaba de convencerme es tu nombre... Tú no tienes cara de llamarte Simplicio...

—Un capricho del padrino, tormento mío; pero el nombre no hace a la cosa...

Después de mucho correr y rodar, sudoroso y jadeante, Simplicio llegó a la caseta donde Susana y sus admiradores armaban el primer jaleo.

—Señora, haga el favor de seguirme inmediatamente!—exclamó furibundo.

—¡Fuera, fuera!—gritó el coronel—. Aquí no pintan nada los maridos!...

—¡Váyase, señor de Florette!—gritó otro.
—¡Que-se-va-ya! ¡Que-se-va-ya! — repitié-

ron todos a coro, varias veces, sin dejarle hablar.

—¡Señores, echémoslo al mar! — propuso uno agarrándolo por los faldones de la levita—. No hay nada para los berrinchines como un baño frío.

—¡Al mar!... ¡Al mar!—volvieron a gritar todos al unísono. Y antes de que el buen Simplicio se diera cuenta, era llevado en vilo y su enorme masa grasienta, flotaba como una boyá sobre el líquido elemento.

Cumplida su hazaña, sin preocuparse poco ni mucho del pobre naufrago, los alegres bañistas internáronse otra vez por la playa llevando en hombros a Susana. Al llegar a cierto lugar, la deliciosa parisina, de un rápido salto se deshizo de sus portadores, clavando con insistencia su vista en un sujeto que yacía arropado sobre una mecedora, a pesar del sofocante calor.

—¡Diablo!—exclamó un tanto asustada—. Me parece y no me parece el ilustre Patapón... ¡Si no tuviera este color tan cadáverico y el rostro un tanto desfigurado, aseguraría que es el afortunado marido del *premio de la virtud*!... ¡Tiene con él un parecido extraordinario!

Rieron sus acompañantes la broma y el ilustre Patapón abrió los ojos, en los que se reflejó un profundo espanto.

—¡Desgraciada, huya en seguida, desaparezca, evapórese!... ¡Su marido está aquí!

—¡Tiene gracia! — dijo Susana riendo—. También él ha confundido a esa ballena con mi marido...

—¡Tranquilícese, buen señor!... ¡Lo hemos puesto a remojo!—añadió el coronel.

El buen Patapón, después del esfuerzo hecho, volvió a reclinar la cabeza y cerró los ojos, para no ver el mundo, que no cesaba de dar vueltas en torno suyo.

Pero si él los cerraba, había otro, en cambio, que los habría desmesuradamente. Y era éste el capitán «Matasiete», protector oficial de Totó, hombre terrible que se comía a los niños crudos y a los hombres cocidos. Despues de buscar en balde por todo el hotel, entró como una fiera en el restaurant, gritando:

—¿Dónde está Totó?

—Caballero, nosotros no sabemos...

—¿Es posible que no haya nadie en esta casa que sepa donde está mi Totó?... ¡Ah! ¡Tiemblen todos! ¡Hoy va a haber aquí una tragedia, un volcán, un cataclismo!—y así diciendo, salió hacia la playa.

En el preciso instante en que el espantable capitán ponía los pies sobre la cálida arena, el guardia de servicio se encaraba con Florette y Totó a quienes acababa de sorprender en unos arroboes amorosos que decían muy poco en favor de la moral.

El incidente atrajo a numerosos curiosos y, entre ellos al capitán «Matasiete», que a pesar de hallarse ciego de cólera, aun tuvo vista para recoger la tarjeta que Florette entregara a Totó con el nombre de Simplicio, y que ella, en su precipitada huída dejó abandonada en el suelo.

El guardia, el capitán, los curiosos... todos

salieron en pos de Florette y de Totó. Iba ya a ser alcanzado por sus perseguidores cuando Florette se metió en una caja que por casualidad se hallaba abierta, sin nadie dentro. Agotado por la carrera, se sentó a descansar sobre uno de los divanes. Ante la puerta, se hallaban sus perseguidores, discutiendo sobre la dirección que podía haber tomado.

—¡Hay que encontrarlo!... ¡Necesito comérmele vivo... chuparle la sangre y marcarle la nuez!—vociferaba el capitán.— ¡Sí, quiero matarlo!... ¡Hacerlo añicos!... ¡Reducirlo a polvo!... ¡Pisotearlo en el fango!... Y después... después, pedirle cuentas de su acción!

Ni que decir tiene que con aquellas desconsoladoras frases, Florette tenía la sangre poco menos que congelada. Intentó salir por la ventanilla que había en la parte posterior de la caja, pero, ¡inútil!, a duras penas si le pasaba la cabeza.

En tan apurado trance, se le ocurrió una idea genial: pendiente de la percha había un vestido; se puso la blusa sobre los hombros, por no caberle dentro el cuerpo; se colocó la falda que le cubría solamente la parte anterior, y luego se encasquetó el sombrero, que le cubría por entero el rostro. Al mirarse en el espejo, comprendió que resultaba, con aquel disfraz, bastante carnavalesco, pero tenía cincuenta probabilidades contra cien de despistar al feroz capitán y demás enemigos. Ignoraba, Florette, que al llevarse los vestidos de marras, dejaba en paños menores a su esposa, ya que de ella eran las ropas encontradas en la caja providencial.

Descendió lentamente los peldaños, para no despertar sospechas, y al pasar por entre sus enemigos se tapó la parte posterior con la sombrilla, como dejándola caer con estudiado descuido. Luego, con lentitud y parsimonia, se fué alejando y apoyando su torso en las cajas para levantar la sombrilla y volver otra vez a andar de la misma forma.

Quiso su estrella que en este interregno llegara Susana, quien al ver la expoliación de que acababa de ser objeto, puso el grito en el cielo:

—¡Me han robado mi vestido! ¡Bañero, alguien ha entrado en el cuarto durante mi ausencia y se ha llevado mis ropa!... ¿Cómo salgo yo ahora?... ¡Me van a tomar por el anuncio de una revista.

Lamentándose de esta manera vió desde el templete que formaba la caja que una dama de aspecto estrañísimo se alejaba playa adelante y comenzó a gritar:

—¡Aquél... aquél es el ladrón!—y al instante, se volvió a formar otro grupo de espontáneos que salieron tras de Florette, corriendo y gritando:

—¡Al ladrón!... ¡Al ladrón!... ¡A ese!... Florette no tuvo otro recurso que correr hacia el hotel, donde tenía sus ropa, para cambiarse de una vez y despistar así a todo el mundo, pero como las faldas no le dejaban correr, al cruzar el vestíbulo fué detenido. El guardia llegó el último de todos y comenzó su interrogatorio:

—Orden, señores, orden... mucho orden... Vamos a ver, señor ratero. ¿Cómo se llama us-

ted de verdadero nombre?... ¿Cuántos años tiene?... ¿Cuántos robos ha cometido antes de ahora?

Florette se encerró a todas estas preguntas en el más profundo silencio y el guardia, siguiendo su inveterada costumbre, procedió a repetirlas una y otra vez, con el mismo resultado. Por fin llegó Susana.

—Señora, se niega a contestar a todas mis preguntas... Debe ser un malhechor muy peligroso... De esa me gano yo un ascenso por haber cogido un pez gordo...

—¡Bueno, guardia, acabe de una vez de decir tonterías!—murmuró, al fin, Florette—. Le devolveré el vestido a la señora, y pagare lo que sea necesario de multa, pero déjeme tranquilo y acabemos con estos líos, que yo soy hombre de paz.

—Bien, bien; de momento, aquí tiene usted a la señora robada; después ya veremos.

Florette se despojó de las ropas; al ir a devolverlas, sonaron simultáneamente dos exclamaciones:

—¡Tú!...

—¡Tú!...

—Así, usted, ¿conoce a la señora?—interrumpió el guardia.

—¡Ya lo creo que la conozco!... ¡Cómo que es mi mujer!...

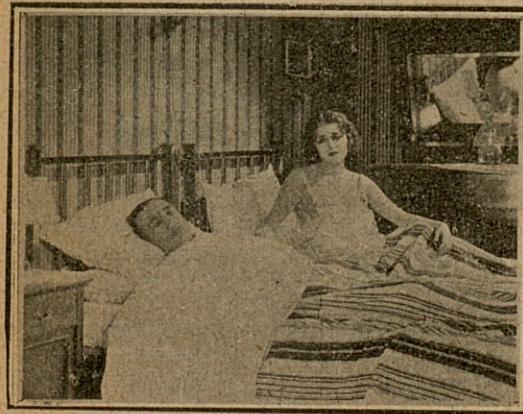
—Señores, siendo así, no hay delito ninguno—dijo el guardia dirigiéndose a la estupefacta concurrencia—. Un marido puede quitarle el vestido a su esposa todas las veces que le de la gana.

—¿De qué le sirve a usted su olfato poli-

caco?—dijo entonces el coronel—. Yo conozco perfectamente al marido de la señora. ¡Este hombre es un impostor!

—¿Que yo soy?... ¡Dejadme, que me como a este hombre!—rugió Florette.

—¡Uste se calla!... Procedamos con orden...



mucho orden. ¿Cómo se llama usted?... ¿Dónde nació?... ¿Quiénes son sus verdaderos padres?...

Susana, para hacerse perdonar por su esposo, tomó el buen acuerdo de desmayarse. Un desmayo a tiempo evita muchas explicaciones, pero éste que veía la cara con que le miraba el capitán «Matasiete» y no las tenía todas consigo, murmuró:

—Mira, querida, deja los desmayos para

otra ocasión que no te puedo atender... Me interesa mucho más liberar mi epidermis de posibles cardenales.

—Aquí está el verdadero señor Florette— gritó el coronel que había ido en busca de Simplicio—. Este nos lo dirá todo.

—Bueno, pues comience; sáquenos de dudas. ¿Quién es ese señor?—preguntó el policía.

—Ese señor es el señor Florette, el verdadero, el auténtico—repuso el contable.

—No, señor, el señor Florette es usted— protestó el coronel.

—¡Sí, sí; él es Florette... él es Florette!— gritaron varios a coro.

—¡Basta ya de bromas! ¡Estoy harto de ser el hazmerreir de la gente!... ¡Yo soy Simplicio Barbet!

—¡Mentira... mentira!

—¡Soy Simplicio Barbet!—exclamó a voz en cuello el infeliz, repitiéndolo varias veces.

—¿Con que Simplicio... y Barbet, he?... ¡Le voy a machacar los huesos!—gritó a su vez «Matasiete».

—¡Usted no machaca nada!—vociferó el guardia! ¡Este hombre queda detenido en nombre de la ley por escándalo en la playa!... ¡Cuando salga, haga usted con él lo que quiera!...

A Patapón se le había ya pasado el mareo y de retorno al hotel, dióse de manos a boca con su cara mitad que corría en socorro de su amiga.

—¿Tú aquí?... ¿La pura Blanca, inmacula-

da como su nombre... *el premio de la virtud*, lejos de su casa y en traje de baño?

—¿Y tú, no has escandalizado toda la playa?—repuso ella desmayándose.

—¡Es inútil, señora! ¡No me hará usted callar con fingidos desmayos! ¡Me tendrá usted que dar cuentas de todos sus pasos!

—¡Usted es quien debe dárme los a mí, caballero!... Veamos, ¿qué hace usted aquí en vez de hallarse navegando en alta mar? ¡Todo ha terminado entre nosotros... para siempre!... ¡Yo volveré a casa de mis padres y no querré oír hablar de usted en todos los días de mi vida!...

Patapón y Florette retiráronse a sus habitaciones, este último con los vestidos de su esposa y ellas hicieron otro tanto, tomando una contigua a la de sus maridos. Poco después, el que estas líneas escribe, por un cruce del teléfono interior, pudo oír la siguiente conversación:

—¡Haga usted el favor de mandarme mi vestido!... ¡Tengo que salir inmediatamente!

—¿Con quién hablo?

—¡Con la ex señora de Florette!

—¡La ex señora de Florette no saldrá del hotel mientras a mí no me de la gana!—repuso éste—. ¡Lleva mi nombre todavía y mientras lo lleve soy el amo! ¡Le daré el vestido, porque su ropa me mancha las manos, pero en lo tocante a salir!...

Abrió Susana la puerta, y su esposo le entregó el vestido, pero al tomarlo ella, se juntaron las manos de ambos y... nada, lo de siempre, que el tibio contacto con las carnes

rosadas dió ál traste con el enfado del marido.

—Susana... Susanita... ¿Quieres que hablemos como dos buenos amigos?... Comprendo que todo esto no ha sido más que un pecado venial... una ligereza sin segunda intención y te perdono...

Blanca, contagiada por las caricias de sus amigos, se fué al contiguo cuarto donde se hallaba su esposo y se posternó ante él:

—¡Perdóname, Anastasio!... ¡Anastasito... mira que estoy de rodillas y a tus pies!

—¡Señora... todo a terminado entre nosotros!—dijo con voz opaca Patapón.

—¡Anastasio, no seas injusto! ¡Soy inocente!... Si vine fué para evitar que Susana cometiera alguna travesura... De sobra me conoces y sabes que soy incapaz de mentir...

—¡Ay, amor mío!... que peso acabas de quitarme de encima! — suspiró convencido Anastasio—. ¡Ah, pero si lo he dicho siempre que tú eres un ángel de candor y de virtud!... —concluyó abrazándola lloroso, mientras ella reía.

Indiferente a todas las tragedias minúsculas de que había sido testigo, el Padre Sol, aquella tarde, se fué a la cama como un pacífico mortal, mientras los dos matrimonios, multiplicando sus caricias, saboreaban el dulce placer de la reconciliación y trazaban sus planes para pasar una nueva luna de miel en aquel lugar paradisíaco, como ninguno, propicio al amor.

FIN

